

## BIBLIOGRAFIA (1)

### Obras de Autores Nacionales

---

"Comentarios". Juan Manuel Polar. Arequipa. 1934.

Reunidos en un folleto de 65 páginas que lleva el título anterior, publica el distinguido literato arequipeño señor don Juan Manuel Polar un grupo de artículos de crítica somera, cuya producción espontánea y por eso mismo aparentemente inconexa, no ha sido óbice para formar un conjunto de meditaciones elaboradas en función de motivos de inmediata resonancia, en las cuales se revela, a la par que la inquietud anímica del dilettante, aquella ironía sutil—que a veces llega a la sátira más acerba—propia de un intelecto desbordante y justamente apremiado por las exigencias de una definición imperativa.

Pero por otra parte, debe reconocerse en la mentalidad del señor Polar cierta tendencia hacia el equilibrio conceptual digna de todo encomio, pese a la inseguridad de no pocos de sus asertos. Al sucederse los comentarios del estado indeciso de la sociedad contemporánea, de la superstición científica, de la crisis religiosa, de la economía capitalista, del programa comunista y de algunas cuestiones metafísicas, el señor Polar—omitiendo toda idea positiva—dirige su criterio negando valor a las soluciones extremas. En otras ocasiones menciona dosis regresivas, verbigracia, la aducida en el primer ensayo sobre "la maldad humana" donde, siguiendo la fórmula roussoniana, se atribuye una bondad innata al hombre, y donde, haciendo tabla rasa del pensamiento cristiano, se concluye en el sofisma maniqueo, descartando por modo incontrovertible en San Agustín, de la necesidad y potencialidad del mal.

Este criterio se muestra menos descentrado cuando considera los temas político-sociales. Aunque no hay expresa declaración de la doctrina social de la escuela católica, en ellos el señor Polar se aúna a la serie mínima de mentes disciplinadas cuyo control ideológico les ha preservado simultáneamente del pasadismo burgués, grotescamente tarado por la sensualidad del despotismo liberal, y de la gesticulación pseudomesiánica del clasismo socializante, ambos identificables por su interpretación económica de la vida, por sus propósitos separatistas y por su exaltación ciega de lo mediocre e inferior. Se percibe la independencia de su espíritu no

---

(1) En esta sección se dará cuenta de las obras que se remitan a la Revista, ya sea por las casas Editoras, ya por sus mismos autores.

adherido a ninguno de los idearios oficializados por la presión igualmente demagógica de los de arriba y de los de abajo, sino inconforme al constatar cómo los mismos elementos resultantes de la disgregación de la barbarie capitalista sirven para vivificar la barbarie socialista. Superando tales antagonismos deficientes, afirma el autor que una doctrina social contemporánea debe inspirarse ante todo en el realismo ético, porque "si el ambiente está saturado de ansia de justicia económica, está también saturado de ansia de justicia moral."

Otras páginas exhiben un derroche de ironía desdeñosa frente a la moda de pensar imperante, desglosada en frases de molde volteriano y hasta en apologías sarcásticas, como aquéllas de la maldad y de la imbecilidad. Detrás de esto podría entreverse—por lo mismo que el estilo denuncia la naturaleza de un alma—una inteligencia exhuberante, aunque radicalmente predeterminada por un secreto resentimiento, quizá nacido en el fondo de una intimidad malograda por la *circum stantia* y en cierto sentido afín a los pensamientos acibáricos, raras veces certeros, de *Rabelais* o *Montaigne*.

Son rectificables, desde luego, las falsas aserciones del autor que formulan una pretendida "crisis religiosa". Muéstrase también en este punto la característica proclividad del señor Polar a conseguir sus juicios *per viam negationem*, eludiendo el camino propiamente positivo. Así es cómo contrapone a la fundamentación racional de la idea de Dios, y por consiguiente, a la posibilidad de la teología en cuanto labor genéticamente intelectual, el pseudoconcepto gnóstico del vitalismo puro. "La religión—dice,—sin más—carece de fundamento intelectual," defendiendo luego determinado intuicionismo trascendente que, según datos presupuestos, conformó los gérmenes del cristianismo. Lamenta el señor Polar la operación demoledora de la Reforma, aunque no precisamente por sus causales anticatólicas, sino por haber iniciado, en su modo de ver, la intelectualización de la fé y por haber comportado una excesiva teologización de la razón, cosas ambas que cortaron, asevera el autor, el desarrollo religioso auténtico.

Descubre en este punto como "falta en la sociedad moderna el vínculo solitario de la creencia," pero al mismo tiempo se alucina ante un sobrado proceso del dogma, olvidando que la iniciativa dogmática, que no es racionalización pura sino fundamento criteriológico y regla de autoridad, corresponde a los más grandes pensadores de la Iglesia, y la explicación liberal e individualista, a los reformistas protestantes. La teología agustiniana reservó la intuición directa de la divinidad, la *visio beatífica*, a las altísimas realizaciones de la mística, y el tomismo se ha edificado sobre la probación multicausal de la existencia de Dios dentro de la severa e insustituible disciplina del silogismo. Ha llegado a reconocer el propio Bergson que son igualmente absurdos racionalismo puro o vitalismo puro, y contra el irracionalismo paladinamente extradogmático del señor Polar,

y contra su fundamentación exclusivamente ética, la filosofía escolástica hizo valer preferentemente, como dice Romano Guardini, el primado del **logos** sobre el **ethos** en virtud del cual fué posible el concepto de Dios en cuanto ser puro, simple, inmutable, infinitamente poderoso e infinitamente bueno.

Ricardo Arbulú Vargas.

## Obras de Autores Extranjeros

**A PSYCHOLOGIA DA FE.** — Padre Leonel FRANCA S. J. — Biblioteca Brasileira de Cultura. 1934. — Río de Janeiro.

San Pablo definió la fé como realidad de las cosas que no vemos y prueba de las que esperamos. El Concilio del Vaticano la considera como una virtud sobrenatural, por la cual, prevenidos y auxiliados por la gracia de Dios, creemos como verdadero, el contenido de la revelación, no en virtud de su verdad intrínseca, vista por la luz natural de la razón, sino por la autoridad de Dios que no puede engañarse ni engañarnos. La fé, en consecuencia, no es una persuasión subjetiva, fundada en la experiencia. Es una convicción sólida sobre el mundo de las realidades invisibles. Sin embargo, psicológicamente, el acto de fé es un acto de inteligencia y un acto libre, dependiente de nuestra voluntad.

Hay verdades que se imponen por su propia evidencia. Hay otras que las aceptamos por la garantía en que se apoyan. Nosotros no creemos porque vemos sino por la autoridad de Dios, expresada en la cierta revelación y en los motivos racionales de credibilidad de la religión católica. Se trata ante todo de una adhesión intelectual a la verdad trascendente.

La fé es también obra de la voluntad. Ella invita a la inteligencia al examen de los problemas religiosos, la alienta en el esfuerzo, la presiona a que se adhiera alegremente a la verdad esclarecida.

Es esta la ruta ordinaria del espíritu en la conquista de la fé religiosa. Pero ella no es tan normal como lo dibuja este itinerario. Es un proceso rebelde, difícil, agónico, como lo llamaría Unamuno. Hay múltiples obstáculos: la ignorancia religiosa, los prejuicios, los defectos en el método, la intranquilidad en los espíritus. La confesión de muchos convertidos coincide en destacar esos pasos agudós en el desenvolvimiento de sus crisis religiosas.

Quizás los obstáculos más sobresalientes y tercos son el orgullo y la sensualidad. Toda alma humana está animada por dos grandes amores: el amor a Dios y el amor a uno mismo. El amor a Dios llevado hasta el olvido de la propia persona, es la santidad. El amor a sí mismo con desprecio del amor de Dios, es el orgullo; llevado hasta la rebeldía, es el pe-

cado. El orgulloso se complace en la contemplación de su espíritu. Reclama su total independencia, es soberbio. En otros, este amor desordenado se vierte hacia el cuerpo y sus placeres. Es el sensual. Berthelot Renan, Taine, Comte, Kant, Leopardi, Gentile y Nietzsche, entre otros muchos, se apartaron de Cristo por su desorbitada sobreestimación. No toleraron misterios incomprensibles, igualdades de naturaleza, jerarquías en la Iglesia. Si Scheler vivió apartado durante algunos años de la fé católica, fué simplemente por sus turbios desenfrenos sensuales.

Hay un claro antagonismo entre el espíritu cristiano y el hábito de la carne. El primero eleva y liberta. La sensualidad esclaviza y deprime. En sus enseñanzas objetivas, el Cristianismo es orden, razón, equilibrio. Subjetivamente es un esfuerzo leal e incesante de realizar la belleza de la vida en la plenitud de la armonía divina. El hombre que deliberadamente se orienta al placer, vive, opuestamente, en un desorden radical.

En la conquista de la fé religiosa hay dificultades morales e intelectuales. En la realidad viva del alma, el corazón y la mente marchan mano a mano en tal forma que el vicio de uno o el error de la otra se afectan mutuamente. Esos tropiezos los superan las almas de buena voluntad. La conversión religiosa es un drama palpitante. La verdad ya domina por el imperio de su evidencia. Pero falta aún el acto decisivo, la determinación libre de la voluntad, aquella zambullida de que hablan los convertidos. Y ninguna lucha, en su sentido total, supera por su profundidad y angustia a ésta de la adhesión total a la verdad y de su entusiasta proclamación.

Hay en la conversión, tres etapas definidas. La primera es un acto de duda y de tedio. Percibe el alma el desamparo en que vive. Quiere habitar sobre base firme. Es un esfuerzo de realización, frente a la dispersión en que se encuentra. La inteligencia quiere elevarse al conocimiento de la verdad, la voluntad adherirse al bien. La segunda etapa es la etapa de la conquista. Se descubre el proceso ordenado de la verdad religiosa y su admirable desarrollo. Y luego viene el momento más difícil. Se trata de algo penoso a nuestro orgullo. Hay que rechazar el sistema antiguo de creencias y vivir el nuevo orden. Algo así como una reducción total. Pero sí el hombre la asume con valentía y decisión tendrá más alegría y seguridad. Gozará de unidad en la inteligencia y tendrá plenitud de vida. Y sobre todo, participará activamente en la vida sobrenatural.

Toda la complejidad del acto de fé y de la conversión religiosa la estudia el P. Franca en este libro, cuyo motivo central, acabamos de resumir. Es un examen claro y ordenado. Cada afirmación la confirma con datos y testimonios de primera mano. Quizás uno de los aspectos más sugestivos sea el análisis psicológico que realiza de todos los grandes convertidos. El drama humano—vibrante y atormentado—en cada uno de ellos desfila ante el lector, en su grave nitidez.